

# CORPUS EN TOLEDO

DE esos tres jueves del año que el santoral católico tiene y que «relucen más que el sol»—Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión—, es sin duda el jueves del Corpus toledano, la fiesta mayor de la ciudad, el día en que todo un pueblo se congrega para rendir al Señor su homenaje de devoción procesional. Las estrechas calles de Toledo tienen un aire íntimo y emotivo como nunca; toldos tendidos de tejado a tejado en todo el trayecto de la procesión dejan pasar a veces un rayo de sol, que hiere la cuidada umbría de la calle; flores en los balcones, tapices riquísimos en los muros exteriores de la primada catedral, caballeros de las santas cofradías y órdenes haciendo guardia paralela en el desfile. Es tradición que los caballeros cadetes de la Academia Militar de Infantería formen, arma al hombro, al lado de la Custodia. La soberbia joya, debida al cincel de Enrique de Arfe y en cuyo trazado intervino directa y personalmente el cardenal Cisneros, no tiene comparación entre las obras de arte de su género. Dieciocho kilos de oro es el peso de la parte central. Columnillas esmaltadas, con remates de esmeraldas; figurillas de ángeles que llevan atributos de la pasión rodean el viril, circundado de grupos de perlas, que termina en una cruz de brillantes. Todo él está encerrado en un templete gótico, que forma el gran cuerpo exterior, con figuras talladas, que llegan a la cifra de 260. La bóveda, con claves de rosetas de esmaltes y cristales, es de una belleza extraordinaria.

La joya lírica y devota pasa por las calles de la ciudad, y el pueblo se arrodilla en silencio, mientras tintinean las campanillas con una música casi celestial. Y arriba, las otras campanas, en la alta torre catedralicia, ponen el rotundo contrapunto de su homenaje y de su bronca oración.

Toledo vive en este día unas horas que ha sabido hacer peculiares, y miles de personas llegan de todas partes en este día para unirse a la solemne festividad. La muchedumbre tiene que apretarse, como un torrente sujeto a un estrecho cauce, por las calles típicas y angostas. Es el pueblo todo el que parece elevar y conducir la Custodia, relevando a esos ángeles del pedestal donde la joya descansa los demás días del año en la capilla antigua del Tesoro Mayor de la catedral. Pero quien ha visto una sola vez su prodigiosa filigrana áurea, tocada por el sol, en las calles de la imperial ciudad, no olvidará ya nunca el místico espectáculo.

El objetivo de Lara ha recogido para nuestros lectores el color singular del Corpus toledano. Una llama viva que discurre encendida en todos los oros. Una ciudad que cumple cada año místicamente con un mediodía irisado y fervoroso.



VERDUGO



